

después de terminada ya la batalla. Era aquel extranjero un militar inteligente y valeroso que había tomado parte en las guerras de su patria, los Estados Unidos, donde había llegado á Teniente Coronel del 29 Regimiento, y que contaba con el respeto y la estimación de todas las tropas. Había querido dos días antes proponer una capitulación, convencido de que era imposible continuar la defensa, y como algunos insurgentes extraviados por su deseo de mantener sus posiciones, le dijeron que los mexicanos se defenderían sólo sin ayuda de extranjeros, él, picado en su amor propio, contestó jurando, que lo verían morir en aquella fortaleza.

Siguió, por tanto, la heroica defensa, pero aquel puñado de valientes, sin alimentos, sin agua desde hacía muchos días, en unas fortificaciones llenas de brechas y dominadas por el cerro de las Tablas, casi sin municiones y perseguido por la peste de los cadáveres insepultos, no podía continuar en aquel punto.

Lograron varias personas y miembros de la familia de Moreno, evadirse, pues refiere el Dr. Rivera en la página 44 de su "Viaje á las Ruinas del Fuerte del Sombrero," escrito con tanta buena fe como sentimiento y patriotismo, que en la barranca del Rincón había un lugar que permitía un descenso en línea recta. A la media noche se ponía una persona en pie sobre una peña, atada de la cintura con la extremidad de una soga, y era descolgada por medio de varias sogas, y recibida abajo por un indio. Este se había subido antes como los gatos, por las peñas, y había recibido la suma correspondiente á las personas que iba á extraer, á razón de veinticinco pesos cada una. Cuando ya habían sido descolgadas dichas personas, el indio se ataba á la cintura un cordel, los fugitivos se asían de éste para no extraviarse, y comenzaban á andar con el menor ruido que podían, por las veredas conocidas bien por el conductor. Cuando el indio sentía algún ruido cerca de él, ó por su caliente imaginación creía sentirlo, se echaba en la tierra y todos se echaban también, hasta que no se veía nada.

Así caminaban hasta que se ponían muy lejos del anillo sitiador, en donde se despedía el indio y cada uno se iba por donde le parecía."

En vano después de tanto martirio, se intentó una capitulación, pues el Mariscal realista se negó enteramente; así es que la noche del 29 de Agosto fué la designada para abandonar el Fuerte, siendo Don Pedro Moreno, el mismo que lo había señalado para defenderse y quien por más de dos años se había servido de aquel asilo.

"Fué preciso resolverse á salir, dice Alaman, y para ello se clavaron los cañones, se inutilizaron las armas y municiones que no se podían sacar, y se enterró el poco dinero que quedaba. A las once de la noche del 19 se dió la orden de marcha: los heridos y enfermos que quedaban abandonados y estaban seguros de la suerte terrible que les esperaba, pedían á gritos á sus compañeros que les quitasen la vida, ó se tapaban el rostro con las manos para no verlos partir. Apenas la columna había comenzado á bajar la barranca, cuando por la indiscreción de haber dejado que se adelantasen las mujeres y los muchachos, fue descubierta por los realistas comunicándose la alarma á todo el campo en un instante, por las señas que dieron los cohetes de luz, como estaba prevenido. El fuego, que se rompió en la obscuridad, los gritos de las mujeres y los niños; los lamentos de los heridos, la confusión que se introdujo tratando unos de volver al fuerte, otros de pasar al otro lado de la barranca, formaban una escena de horror difícil de describir. Los que lograron salir dispersos en un país que no conocían, fueron en la mañana siguiente alcanzados por la caballería de Bustamante y de Villaseñor y perecieron casi todos, no llegando á cincuenta los que escaparon á favor de la espesa niebla que había, y entre ellos Moreno y Bradburn: los que volvieron al fuerte, aunque intentaron defenderse, no encontraron medios con que hacerlo, habiéndolos destruido ellos mismos antes de salir. Luego que la niebla se disipó en la mañana del día 20, Liñán ocupó el Fuerte con las Compañías de cazado-

res de Zaragoza y Navarra: los fugitivos que habían vuelto á él trataron de reunirse y aun dispararon algunos tiros, pero toda oposición era ya inútil: Sebastián González (debe decir Santiago, padre del General Don Refugio I. González), las mujeres é hijos de éste y de Moreno, cayeron en poder del vencedor; los heridos y enfermos que estaban en el hospital fueron inmediatamente pasados por las armas; los demás prisioneros con 150 operarios que Revuelta mandó de Lagos, se emplearon en los días 20, 21 y 22, en destruir las fortificaciones, y cuando hubieron concluido esta operación, fueron también fusilados todos los primeros en número de más de 200, sin perdonar más que á las mujeres y á los muchachos; igual suerte tuvo el que descubrió dónde estaba el dinero, que tomó en su mayor parte el Coronel de Navarra Ruiz."

Ante aquella espantosa carnicería, no puedo menos que repetir las palabras del señor Orozco y Berra, que expresan la más respetable sanción del derecho, el juicio póstumo que premia ó castiga según se debe, y del cual ningún tirano ni poderoso puede librarse. "Dios pedirá cuenta á los guerreros de la sangre que vierten en el calor de las batallas; los hombres que las creen inevitables, olvidan á los muertos y admiten la guerra, sin asombrarse, con todos sus horrores y desastres; pero la muerte, dada á sangre fría, la muerte sin provecho, la sangre que se derrama después de la victoria, de enemigos inermes é inofensivos, repugna á los sentimientos generosos, y mancha la reputación de los soldados."

VII.

Moreno logró salvarse precipitándose á una barranca, donde estuvo tres días sólo, casi sin comer, y habiéndose enfermado gravemente de disentería. cayó en tal debilidad que no pudo ya andar, y auxiliado por un vaquero que acertó á pasar por donde él estaba, fué llevado al rancho de "El Chamuscado," en donde permaneció curándose hasta mediados de Septiembre, en que ya restablecido, volvió á la gloriosa cam-



Fusilamiento de Matamoros en Valladolid.

pañá, en unión de su hermano Don Pascual, Don Manuel González, Don Manuel Orozco y Don Mariano Zermeño, y al frente de unos cuantos rancheros, sus antiguos criados y soldados, dirigiéndose otra vez á la Sierra de Comanja.

Entre tanto, su virtuosísima y amante esposa, la señora Doña Rita Pérez, había esperado su suerte en su casa de la fortaleza del Sombrero, en unión de sus cuatro hijos, Josefa, de diez años, Luisa, Severiano, de dos y medio y Pudenciana de uno y un mes, oyendo espantada pero resignada las victoriosas trompetas y las homicidas detonaciones de las tropas enemigas que llegaban. Fué entonces puesta presa en un jacal y dé allí conducida á pie y entre filas, con sus hijitos en brazos á León, donde estuvo en la cárcel pública en una horrible mazmorra en que aun de día necesitaba, para poder ver, de la luz artificial. De allí fué llevada por las nobles instancias del Capitán realista Pozos y de otras personas caritativas, á Silao, donde estuvo arrestada con más consideraciones, hasta 1819, en que se la puso libre, y donde al siguiente día de llegada vió morir á su hija Pudenciana y abortó poco después.

Cuando recobró su libertad aquella mártir, regresó á su pueblo natal, donde murió á la edad de 82 años, cargada de recuerdos y de pesares.

El constante Moreno, á los muy pocos días de restablecido, cuando iba á la hacienda de Santa Ana, cerca de Silao, á enviarle á su esposa sus cartas por conducto del Capellán, cartas llenas de fortaleza y de resignación, se encontró el 29 de Septiembre con su antiguo camarada el indomable Mina.

Con razón el señor Rivera alaba la energía de Moreno. "El héroe, dice, se hallaba en unas circunstancias que hubieran producido la desesperación de cualquiera alma de otro temple. Vea el Fuerte del Sombrero por tierra; el Fuerte de los Remedios, en vísperas de correr la misma suerte; el ejército independiente desmoralizado, el país sin remedio, su esposa y sus hijos en la prisión, su larga y trabajosa campaña sin

éxito, y su muerte cierta. ¿Se echará, pues, sobre su espada, como Catón en Utica y como Terán en Soto la Marina? De ninguna manera. Volvamos á escuchar las palabras de su primera carta (á su esposa): "Un fondo de sufrimiento y de conformidad vale un mayorazgo... ármate de tan fuerte escudo y todo será para tí llevadero." Estas palabras indican que el ánimo de Moreno en la adversidad era semejante á las rocas del Sombrero, y que no sólo tenía fortaleza para sí, sino también de sobra para fortalecer á otros.

VIII.

El Mariscal Liñán, entre tanto, se había dirigido con todas sus tropas á atacar el fuerte de los Remedios en el cerro de San Gregorio, á corta distancia de Pénjamo.

Volvió entonces Mina á acercarse al cerro de San Gregorio, uniéndose con el valeroso Moreno. Juntos recorrieron el campamento español, privándolo de víveres y de recursos, hasta el grado de que Liñán llegó á sentir la escasez de ellos, por lo que relevó al Coronel Andrade, que estaba encargado de perseguirlos, dando el mando en jefe al activo Orrantía. El 10 de Octubre los encontró éste en la hacienda de La Caja, á tres leguas de Irapuato, trabándose allí un reñido combate en el cual no pudo prevalecer el valor sobre la indisciplina de los soldados insurgentes, que cuanto tenían de patriotas, contaban de reclutas. Las pocas aptitudes de los rancheros del Bajío para la milicia, y el traje de gamuza, que usaban, llamado "cuera," habían hecho que aquel caudillo, desesperado de que sus esfuerzos se estrellaran ante la rudeza de su gente, escribiese á un amigo diciéndole: "Amigo Horbeagozo! A estos de las levitas de cuero, nadie les hará nunca soldados." Disolvió Mina su partida por tal motivo, encargando á Moreno que volviera á reunirlos en la misma hacienda, mientras él iba á Jaujilla á conferenciar con la Junta del Gobierno, como lo hizo, habiendo llegado el día 12 y sido recibido con mil muestras de merecida distinción.

Cumplió el ilustre lagueño con aquella comisión, y después de reunirse de nuevo los dos compañeros de destino, atacaron la ciudad de Guanajuato el día 26.

Mina, sin embargo, llevado por su buen deseo de librar á los Remedios de un desastre próximo, y en alas de su temeridad, asaltó sin éxito con su mala caballería esa importante ciudad, defendida por el Teniente Coronel Don Apolonio Linares.

Los dos patriotas Mariscales cuando llegaron al Venadito, considerándose seguros, por vez primera en muchos días, mandaron desensillar los caballos, se quitaron sus uniformes militares y se entregaron al sueño, buscando un pasajero descanso de que mucho necesitaban por su fatigosa marcha de tantos días consecutivos, y que bien pronto habría de trocarse para ellos en descanso eterno!

El jefe realista salió de Silao á las diez de la noche, y cuando á la madrugada del Infausto 27 de Octubre de 1817, se encontraba ya en las cercanías del rancho, lanzó á toda brida ciento veinte dragones del Regimiento de Frontera, para que hiciesen imposible la fuga de los perseguidos. Dormían en diferentes trojes Don Javier Mina y Don Pedro Moreno, pues sólo Don Pascual con otros oficiales de menos graduación, se instaló en un bosque inmediato, en donde se hallaban cuando despertaron al estruendo de las armas y de los caballos. Al punto, tomando Don Pedro su espada, huyó en paños menores, acompañado de su asistente, llamado Mauricio, y aunque logró esconderse entre unas peñas, mandó á su criado, á instancias suyas, por los caballos, con la esperanza de más fácilmente ponerse á salvo, y este traidor, que fue aprehendido, denunció á su jefe, apremiado por la amenaza que le hicieron, de darle muerte.

Trataron entonces de aprehenderlo, acometiéndolo en tropel por todas partes; pero él, sin contar el número de sus agresores, esgrimió su espada, tratando más de morir honrosamente que de buscar una salvación imposible. Recibió varias heridas sin deponer por eso su altiva entereza, y

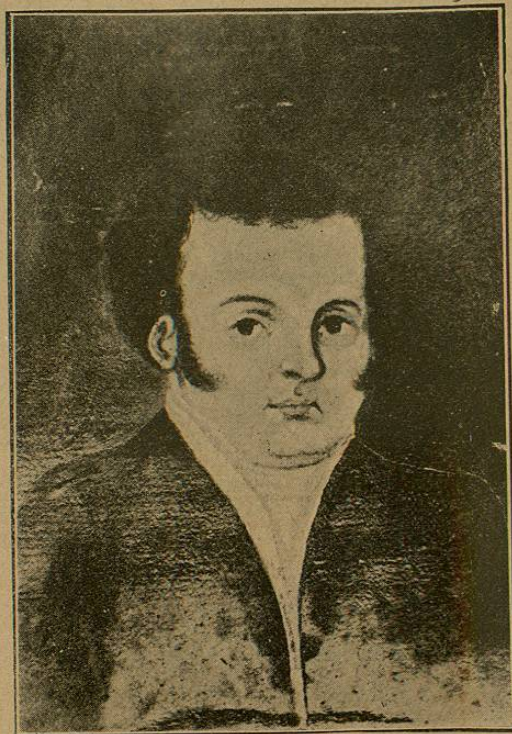
habiendo caído por un balazo que en la cabeza le dieran, se la cortaron al instante llevándola en trofeo al Coronel realista, quien la remitió clavada en una lanza á Don Pedro Celestino Negrete, que á la sazón ocupaba á Silao. De allí la llevaron á Lagos, donde el Coronel Don Hermenegildo Revuelta la hizo clavar en una asta en la orilla donde empieza el camino al pueblo inmediato de Buenavista. Por espacio de cerca de tres meses vió Lagos aquel sangriento trofeo de la tiranía, hasta que aprovechando Don Pedro Moreno Guerrero el alborozo en que entró la población al pasar de Obispo para Sonora, Don Fr. Bernardo del Espíritu Santo, la quitó ocultamente y la dió sepultura en la iglesia de la Merced, en el crucero del Evangelio.

Así murió aquel denodado guerrero, que con tanto valor supo agregar el sacrificio de su vida al largo catálogo de sus servicios á la patria!

IX.

Mina, menos afortunado que él, sorprendido y sin armas, fué hecho prisionero desde luego por el dragón José Miguel Cervantes, y conducido á presencia de Orrantía para sufrir el ultraje de que lo regañara como á un niño y le diera después dos cintarazos con su espada, porque contestó con dignidad á sus impertinentes amonestaciones. Algo habría dado el villano realista por no ejecutar acción tan pechera, porque recibió de los labios de su víctima represión tan justa y severa, que llegaría á la posteridad, y ha sido, por lo mismo, el mejor castigo que hubiera podido imponerle el tribunal más adicto á la causa insurgente. "Siento haber caído prisionero, contestó Mina con hidalguía, pero este infortunio me es más amargo por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español, ni el carácter de soldado."

Después fué conducido preso al campamento de Liñán, quien lo hizo fusilar á las cuatro de la tarde del día 11 de Noviembre del mismo año, en el cerro del Bellaco, en presencia de los defensores del de San Gre-



Gral. D. Pedro Moreno

gorio, fortaleza de que se apoderó al fin en la noche del día primero de Enero del siguiente año, dando rienda suelta á su carácter sanguinario, pues quemó los hospitales con todos los infelices heridos que allí estaban asilados; alanceó á los fugitivos y fusiló á más de doscientos prisioneros.

Don Pascual Moreno y sus compañeros huyeron al ruido de la sorpresa, y cuando después de aquel horrendo desastre, volvieron al Venadito por la noche, dieron humilde sepultura al cuerpo mutilado de Don Pedro, regándolo con las lágrimas silenciosas que brotaban de todos aquellos ojos, que tan acostumbrados estaban á mirarlo con respeto. Aquel mártir de la Independencia mexicana, era de alta estatura, robusto, casi obeso, de color blanco, de ojos grandes y negros, barba espesa y cabello castaño obscuro, de movimientos graves y de finos modales. Se le llamaba por sus amigos "El Toro," apodo de colegio que le convenía por su fuerza, gordura y valentía, mostrando en su conversación, siempre seria y reposada, un talento no vulgar, patriotismo exagerado, si así pudiera haberlo, y un extenso fondo moral.

La gloria póstuma ha venido así á reflejarse justamente sobre tan distinguido jalisciense que supo enseñarnos con cuanta verdad asienta Homero que

Es dulce morir por la patria.
"Pulchrum mori."

LUIS PEREZ VERDIA.
